

La mayor discriminación es siempre tener que probar que sos inocente. Todos los días rendís examen de que no infectás, no violás chicos, no manoteás el primer bulto que te ofrecen, y cuando sos joven te ofrecen más de lo que deberían, generalmente los hombres casados." Rafael Freda es profesor de Letras, castellano y literatura, en el Normal N° 3; delegado sindical de la Asociación Docente de Enseñanza Media y Superior; miembro de la Federación Latinoamericana de Entidades de Sexología y Educación Sexual, y director del Proyecto Sin Sida, una campaña de prevención y educación en sida que tiene el apoyo de la Oficina Panamericana de la Salud. Aquí, en su carácter de presidente de SIGLA (Sociedad de Integración Gay-Lésbica Argentina), revela el mundo cotidiano de una persona homosexual desde que se da cuenta de que es diferente a los demás.

—¿Qué pasa cuando una persona debe aceptar su homosexualidad?

—Depende de cuándo y cómo hayas percibido la homosexualidad en tu ser. Hay gente, como yo, que lo sabe desde siempre, y hay quienes lo descubren a través de experimentos con la propia sexualidad, es decir, que pueden descubrirlo en la adolescencia o en la madurez. Para los que lo supimos desde el vamos, lo primero que aprendemos es que es peligroso demostrarlo o decirlo. Se pasan infancias y adolescencias meramente malas o sumamente dolorosas, según el caso. Hay chicos que me han contado que sus etapas escolares han sido de pavor. Para ellos la escuela es una tortura: deben huir de las clases de educación física porque tienen miedo de ser descubiertos o de compartir la masculinidad en manada. Hay otra gente que aprende a mentir muy temprano y a fingir una vida heterosexual: empiezan desde jóvenes a tener novias o novios y, al mismo tiempo, desarrollan una segunda vida escondida, con otro grupo de amigos hasta geográficamente alejados.

—¿A qué le escapan cuando ocultan su identidad?

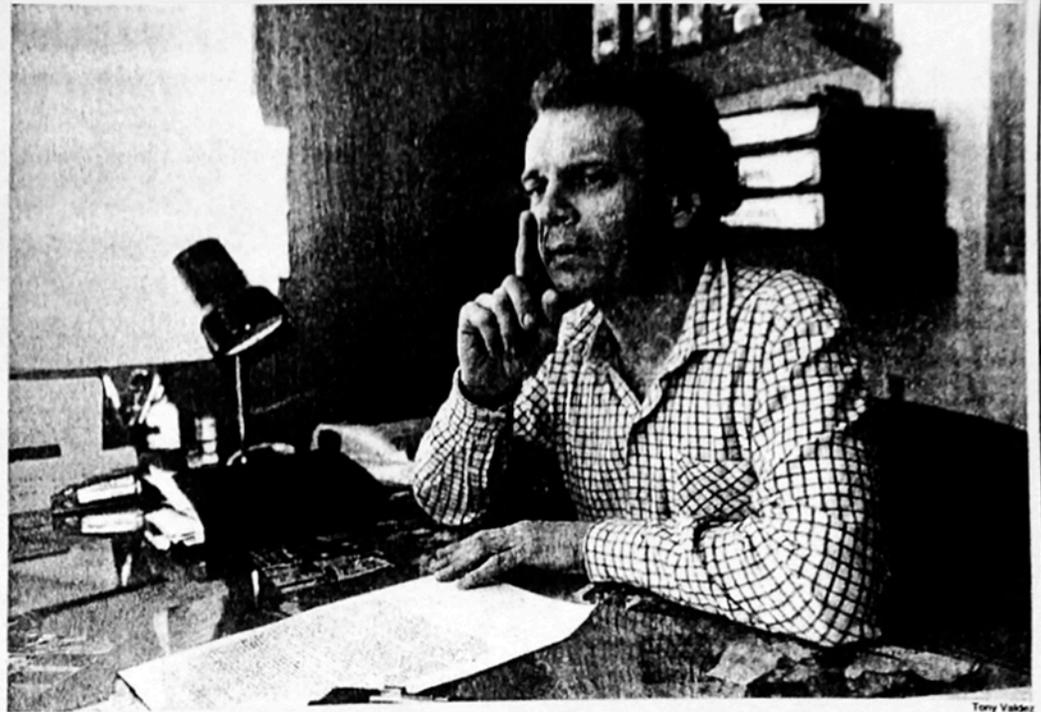
—Los varones tienen el problema de qué conversar en los recreos cuando se entra a hablar de chicas. Las mujeres tienen el problema de tener que explicar todo el tiempo por qué no aceptan el cortejo de los varones. Algunos fingen que es por timidez, otros fingen intensas y breves relaciones heterosexuales, muchos se quebran emocionalmente. No es casualidad—tal como muestran las estadísticas de Europa y de Estados Unidos— que los índices de suicidio entre la adolescencia homosexual tripliquen los de la adolescencia heterosexual. Además del suplicio de la escuela, tienen además la presión familiar.

—¿Las familias lo saben?

—La mayoría de las familias lo saben y crean un tabú de silencio. En algunas familias, muy homofóbicas, la prohibición se hace expresa. Generalmente es indirecta: en la casa de la lesbiana, Sandra Mihanovich está prohibida o, si no, es objeto de discusión constante. En estas familias la homosexualidad se discute por vía indirecta. Lo mismo pasa con los varones; ni hablar si le gusta el ballet. Es frecuente que, para zafar, los varones adopten una posición defensiva con la pose del rompecorazones; van a ser pibes que siempre tienen una novia tras otra, y la madre le dice qué difícil que sos para encontrar novia. A partir de allí viene la etapa en que tenés que casarte. Por lo general las mujeres, como están educadas para casarse, se casan, fracasan al año o a los dos años y se separan. Por eso hay tantas madres lesbianas. En cambio, los varones intentan diferentes caminos, porque son mucho más independientes y ganan más dinero. Todos también pasamos alguna vez por el particular dolor de perder a los amigos heterosexuales que al enterarse de tu condición sexual te piden disculpas por no volver a verte para evitar los posibles comentarios de la gente. Eso cuando tenés 20 años duele mucho, a los 40 ya no te importa. Y ni siquiera podés culparlos del todo porque también ellos están bajo una presión terrible.

—¿Qué sucede a la hora de tener que salir a trabajar?

—Si la homosexualidad coincide con un estereotipo afeminado, casi seguro que si es de clase baja termina como peluquero, porque es una profesión donde no depende de un patrón, no tiene compañeros que lo molesten y tiene clientela femenina que siempre es mucho más tolerante que la masculina. En una empresa donde vos tenés relación de dependencia, no podés ser afemina-



Tony Valdez

Rafael Freda, presidente de SIGLA

"Aprender a mentir muy temprano"

Las declaraciones de Daniel Passarella asegurando que no tomaría en la selección nacional a ningún jugador homosexual abrieron el debate. Carlos Jáuregui retrucó afirmando que el entrenador mentía porque por lo menos había dos en su equipo. El presidente de una de las entidades de defensa de los gays y lesbianas habla de lo que significa vivir siendo discriminado cada día. Aquí, la vida de un gay en la Argentina.

do sin transformarte en el objeto de burla y comentario en todos los pasillos. Si estás en una empresa grande, incluso sin ser afeminado, el que trascienda que seas gay, si sos más o menos bien parecido, significa que uno de cada tres compañeros varones se va a tirar un lance y de la peor manera que pueda, generalmente cuando coincidís en el baño de la oficina. Así que, en general, el homosexual que trabaja en empresas en relación de dependencia tiene ante sí tres alternativas: estar tapado, mostrarse tímido o adoptar la personalidad desafiante, de la poca total.

—Siempre me llamó la atención esa manera autodestructiva de presentarse. ¿Por qué necesitan del escándalo?

—La "loca" tiene el sentido de rebeldía que tenía Evita cuando decía mis queridos descamisados a quienes no tenían ni cami-

sa. Es dar vuelta la cosa. Es verdad que, en la mayoría de estos casos, la loca se paga caro. Pero frecuentemente se trata de neurosis que se originaron en la adolescencia, y cuando pasa la juventud tienen que vivir en nichos muy especiales. Es muy difícil soportar permanentemente la discriminación. La gente del Gran Buenos Aires se toma el tren y viene a la Capital para vivir su vida gay. No sólo sale caro, también es difícil. Si se llega a hacer un levante y quiere tener una aventura, tienen serios problemas porque prácticamente no hay hoteles alojamiento para gente gay. Los pocos que hay trabajan con taxi boys que pagan un porcentaje al dueño del hotel, lo que quiere decir que están encadenados a la cadena de prostitución. Que yo sepa, sólo hay dos hoteles, que corresponden a clase media o a clase media baja, donde dos muchachos o dos chicas pueden pedir una habitación por horas sin mayores inconvenientes. La policía es un gran problema, sobre todo para los jóvenes y más aún si son del interior, porque son "cabeceitas".

—¿Los taxi boys tienen clientes gays o bisexuales?

—La enorme mayoría de los taxi boys trabajan con varones, generalmente llamados bisexuales. En realidad, el bisexual argentino no es bisexual sino homosexual casado, con hijos, relativamente feliz con su mujer, que tiene las relaciones mínimas necesarias, con fantasías, y que una vez por semana o quincenalmente tiene el dinero para pagar la entrada a alguno de los saunas, o si es un pequeño empresario, pagarse un taxi boy. Hay algunos casos que mantienen exitosamente una doble vida, e incluso con ambas parejas estables con vivienda propia. El homosexual más consciente de sí es el que espera los viernes a la noche para que el otro le avise si se va a poder escapar.

—¿Cuántos homosexuales puede haber en la Capital Federal?

—En una ciudad de 3 millones de habitantes no puede de ninguna manera haber menos de 150.000 personas homosexuales, sin contar con todos los que llegan de sus pueblos a refugiarse en la gran ciudad. Todos, en mayor o menor grado, padecemos cada día algún tipo de discriminación.

—¿Por qué? ¿Hay más de un tipo de dis-

crimación?

—La primera discriminación es la familiar, que es la que más se sufre. También, depende de la personalidad, puede ser terrible la discriminación religiosa: hay gente que sufre mucho porque no quiere apartarse de su iglesia pero, al mismo tiempo, no puede confesarse. Después está la discriminación laboral, que arranca desde el momento en que hay determinadas profesiones en que se permite al homosexual y otras, la mayoría, donde tenés que vivir tapado. Después sigue con algo que conocen todas las mujeres, esto es, que tenés que ser súper excepcional para que no te rajen. También tenés que aceptar que vas a ser el último en llegar al ascenso si es que llegás, aunque estés más calificado que el resto: no es tanto porque el jefe te odie sino porque se protege. ¿Qué van a decir de él si te asciende? Van a decir que seguro se acostó contigo o que él también es gay. Pero la mayor discriminación es siempre tener que probar que sos inocente. Todos los días rendís examen de que no infectás, no violás chicos, no manoteas el primer bulto que te ofrecen, y cuando sos joven te ofrecen más de lo que deberían, generalmente los hombres casados. Las mujeres conocen bastante de esto. Y después viene el gran tema de la soledad y de la pareja. Conozco a una pareja que hace 20 años que viven juntos y hasta el día de hoy tienen cada uno su dormitorio para que no se diga. Después hay que bancarse la averiguación de los vecinos que pretenden determinar quién es la mujer y quién es el varón, después de tener que soportar muchas pequeñas cosas que, por lo general, la gente hetero no tiene que bancar. Y quienes deciden dar la cara públicamente deben prepararse para los despidos.

—¿Pueden recurrir con éxito a la ley antidiscriminatoria?

—La ley antidiscriminatoria no sirve para nada, porque no incluye ni el concepto de orientación sexual ni el de sexualidad. Hubo intentos de incluir este punto, como en la mayoría de los países del Primer Mundo, pero todos hasta ahora se frustraron.

—¿Está de acuerdo con aplicar políticas de choque contra hechos de discriminación, como el dar a conocer nombres o asegurar que en tal o cual lugar hay homosexuales?

—Desde 1990 tengo una posición ideológica al respecto. La tuve cuando estuve al frente de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) y la sigo teniendo en SIGLA: el coming out es un procedimiento violatorio de las libertades individuales, y en cuanto a señalar específicamente, yo creo que lo único que debemos evitar es señalar en forma de cacería, porque nadie puede a esta altura negar que existan homosexuales en todas partes, aun en las fuerzas armadas y en las fuerzas de seguridad. La única forma de no discriminar es estar convencido de que todos somos iguales ante la ley aunque seamos distintos en carácter y hasta en esencia.